

REID, Richard, *The African Revolution: A History of the Long Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, 2025, 410 pp.

La idea de «la partición de África» invoca la imagen de la Conferencia de Berlín: los europeos trazando líneas sobre un mapa sin participación alguna de aquellos que lo habitaban. Las decisiones que ahí se tomaron marcarían el futuro de África, determinando sus fronteras, ratificadas tras la independencia por la Organización de la Unidad Africana en 1963. Richard Reid propone repensar la partición, descentrando el momento berlinés y las décadas de conquista europea de finales del siglo XIX. Su proyecto, como él mismo reconoce, no es nuevo (17 y 312); hace tiempo que los africanistas han mostrado el dinamismo político anterior a la intervención europea. En cierto modo, el libro sintetiza décadas de estudios y proporciona una interpretación de conjunto.

El libro se organiza en cinco partes. Cada una se abre con una narración ubicada en Unyanyembe, en la actual Tanzania, a medio camino entre Zanzíbar y Ujiji, la zona de África oriental en la cual es especialista Reid. La carretera que une estos puntos ilustra dinámicas que luego el autor analiza para el resto del continente en uno o dos capítulos. Esta estructura permite distintos niveles de lectura: pueden leerse solo estas partes introductorias (57 páginas en total) o adentrarse en el análisis completo leyendo los capítulos. El autor también sintetizó su argumento en un artículo en *American Historical Review* en 2021.

El objetivo de Reid no es mostrar simplemente la capacidad de influencia de los africanos en la injerencia europea, sino señalar que la causa primera de la reorganización política africana fueron sus propias dinámicas políticas. La teoría de Ronald Robinson y John Gallagher sugería que fue el colapso de los regímenes colaborativos lo que forzó a los estados europeos a intervenir en África para mantener sus intereses comerciales, y así pasar del régimen «informal» al control político «formal». Reid sugiere en cambio que fueron los africanos los que cooperaron a los europeos para sus conflictos internos, tal y como habían hecho con otros actores externos (africanos y no africanos) durante todo el siglo XIX.

Especialmente a partir de 1790, la militarización de muchas sociedades africanas y la creciente importancia de las redes comerciales globales acrecentó la volatilidad política y multiplicó los proyectos revolucionarios y de reforma en todas las regiones del continente, generando constantes particiones y reparticiones de territorio e influencia. Para Reid, debemos entender la partición europea de África en las últimas dos décadas del siglo XIX no como una ruptura fundamental en la historia del continente, sino como la culminación de este proceso que él ha denominado «la revolución africana».

Desde finales del siglo XVIII, un conjunto de nuevas insurgencias buscó instrumentalizar la intensificación comercial para alterar los equilibrios regionales precedentes (99). Los casos más claros se encuentran en la costa atlántica, donde

las formaciones políticas se adaptaron o colapsaron debido a la fluctuación comercial que se produjo con el aumento y luego abrupto final del tráfico de esclavos. Pero estas transformaciones no eran exclusivas del Atlántico. En Suráfrica, la creciente demanda de marfil en la bahía de Maputo, combinada con un período de bonanza económica y buenas cosechas, conllevó un aumento demográfico y una creciente competencia por la tierra y por las áreas de caza de elefantes. Como consecuencia, la sociedad Ngoni, asentada entonces en el interior, experimentó una fuerte militarización y reorganización social que desembocaría en un período de guerras entre 1800 y 1820, causando la dispersión de los derrotados por todo el sureste del continente (la llamada *Mfecane*). Las reformas militares impulsadas por el líder de la facción Mthethwa de los Ngoni, Shaka, le permitirían imponerse finalmente en la década de 1830 y crear el estado zulú, el poder dominante en la región hasta su derrota a manos de los británicos (69-70). Reid no desatiende Egipto y Etiopía, los casos emblemáticos de la mal llamada «modernización autóctona», pero al situarlos en paralelo a casos menos conocidos, trata de relativizar su pretendida excepcionalidad (97 y 269).

La creciente importancia de las redes globales abrió las puertas a comerciantes que se situaron en espacios liminales. El caso de Tippu Tip es paradigmático. Miembro de la diáspora árabe-omani en Zanzíbar, su familia ya intervenía en conflictos del interior suajili en la década de 1830. Tip aprovechó al máximo las posibilidades que ofrecía la combinación de efervescencia política y dinamismo comercial para crear un gran imperio de rapiña y comercio que durante toda la segunda mitad del siglo XIX conectaba el Índico con la cuenca del Congo, usando fundamentalmente esclavos armados provenientes de bandos derrotados en las luchas políticas precedentes (105-109).

Los africanos del interior también se insertaron activamente en estas redes. Por ejemplo, en África oriental, la sociedad Nyamwezi experimentó una transformación en la década de 1830: buena parte de los jóvenes abandonaron el cultivo de la tierra para dedicarse al comercio debido al aumento de la demanda de esclavos y marfil en el océano Índico. Uno de ellos, Mirambo, heredó el liderazgo de dos poblados estratégicos. Entre 1860 y 1870, capitalizó la conexión con los comerciantes árabes de Zanzíbar y acumuló armas y combatientes para fundar un nuevo estado entre los lagos Victoria y Tanganica, con el objetivo de controlar el comercio regional (40-43).

Estas transformaciones características de la «revolución africana» tuvieron dos consecuencias fundamentales para comprender la posterior penetración europea. Primero, los conflictos internos impulsaron a distintas facciones a invitar a los europeos a intervenir, como ocurrió en Asante y Dahomey, en la costa atlántica (77-80). Segundo, la guerra constante creó un vasto contingente de desplazados y esclavizados —perdedores de las guerras o minorías perseguidas— que serían reclutados por los europeos como colaboradores o soldados, tal y como había hecho anteriormente Tippu Tip y tantos otros. Casos como los askari en Etio-

pía (248-250) o los Bangala en el Congo, integrados en la Force Publique belga (231), son emblemáticos. Décadas de conflicto y migraciones forzadas habían creado un campo fértil para que surgieran descontentos con ganas de atraer a los extranjeros a su causa y cobrarse su venganza (205-206).

África no estaba aislada, sino profundamente integrada en redes globales, lo que paradójicamente la hizo más vulnerable a la penetración imperial cuando esta se intensificó a finales del siglo XIX (215). Cuando Henry Morton Stanley viajó desde Zanzíbar hasta Ujiji en busca de Livingston, no estaba descubriendo tierras vírgenes, sino transitando rutas bien conocidas por comerciantes ambiciosos como Tippu Tip o emprendedores violentos como Mirambo. El mito de Stanley como explorador que abrió África al mundo condensa el mito general de la partición: el de una Europa que rescató a África de su ciclo de violencia sin sentido y activó su progreso histórico. Como señala Reid, este mito sigue condicionando la forma en que se construye la historia nacional en muchos estados africanos pos-coloniales, centrada fundamentalmente en la historia más reciente, y evitando adentrarse en el siglo XIX «pre-colonial.»

Enseñar historia de África nunca es tarea fácil. Gracias al libro de Reid, preparar una clase sobre África entre 1790 y 1870, y relacionarla con el proceso colonial que se abre en 1870 será mucho más sencillo, no solo porque ofrece referencias sintéticas a espacios y formaciones políticas a veces difíciles de identificar, sino, sobre todo, porque ofrece una interpretación de conjunto que permite conectar ambos períodos de un modo coherente y efectivo.

*Oriol Regué Sendrós*